

poeta muy interesante, celebrado por Calderón e imitado por sor Juana. Espero que esta reseña mía le sirva de algo a O'Connor para la tarea que tiene por delante (y piense, por ejemplo, si no debiera conceder más atención al texto publicado por Vera Tasis). Si vale la pena hacer algo, vale la pena hacerlo bien. (Además, sería aconsejable que algún amigo hispanohablante revisara las introducciones y las notas, para evitar errores como *entitulado y exhuberancia*, y enderezar frases como “*Se le menciona a la infanta en la loa*”).

ANTONIO ALATORRE
El Colegio de México

MANUEL PRENDES, *La novela naturalista hispanoamericana. Evolución y direcciones de un proceso narrativo*. Cátedra, Madrid, 2003; 362 pp.

Andrés Amorós opina que el naturalismo es la “intensificación del realismo” y no, en rigor, un nuevo estilo que reacciona frente al inmediatamente anterior (*Introducción a la novela contemporánea*, Madrid, 1989). De manera simple, el naturalismo sería, pues, un nuevo modo, muy agudo, de escribir el realismo. La intención de Manuel Prendes, con *La novela naturalista*, no es rechazar este principio (aunque tampoco lo afirma), sino ensayar una caracterización de esta escuela desde las obras que la configuran. Se trata, a su juicio, de una época clave para la novela hispanoamericana “eclipsada durante largo tiempo en la historiografía literaria debido en parte a la decisiva influencia alcanzada por el romanticismo sobre la literatura posterior y en parte al deslumbramiento que habría de ejercer el modernismo finisecular en la poesía, el ensayo y en las formas breves de la prosa narrativa” (p. 13). Ya antes, en 2002, Prendes había dedicado su atención al tema centrando su estudio en el autor hispanoamericano naturalista por excelencia: Federico Gamboa (*La novela naturalista de Federico Gamboa*, Universidad de la Rioja, Logroño; texto que inicialmente fue su tesis doctoral). El libro que ahora me ocupa tiene un alcance mayor, como se verá.

La novela naturalista es un libro propositivo porque su enfoque lo aleja de los clásicos estudios que parcelan la novelística hispanoamericana en regiones, sin establecer vínculos o direcciones compartidas o siquiera divergentes; y de aquellos que intentan ceñir en un “conjunto rígido de normas” una obra para ubicarla en una escuela literaria específica, como si se tratara, en el caso del naturalismo, de una propuesta estética inmutable. Prendes quiere, y creo que aquí radica

el valor de su trabajo, establecer las particularidades de un naturalismo que se pueda llamar hispanoamericano, determinando lo que hay en él de herencia francesa (zoliana pura, de cepa tainiana) y española (galdosiana, aún antes de Zola, después de Zola con *La desheredada*, y ante la polémica desatada por *La cuestión palpitante*, de Emilia Pardo Bazán). En fin, se propone, en esta perspectiva, establecer un *corpus* amplio bien justificado (cf. pp. 57-96), un *corpus* en el que el autor, hay que decirlo, se mueve con soltura. La nómina incluye novelistas argentinos —por encima de todos, pues en Argentina señala un claro triunfo del naturalismo que además se da, extrañamente para Hispanoamérica, en simultaneidad con el fenómeno francés—; chilenos, uruguayos, mexicanos —en donde relaciona el fenómeno, en específico, con la búsqueda de una “novela nacional”—, y peruanos. Con el panorama, aunque sucinto, que ofrece del resto de los países hispanoamericanos no tomados en cuenta, justifica sobradamente su no inclusión. El repaso que hace incluye a Eugenio Cambaceres, pasa por Alberto Blest Gana y Carlos Reyles, toca, sin duda, a Federico Gamboa —pero también a Heriberto Frías, Ángel de Campo, Amado Nervo e incluso a Mariano Azuela, en sus primeras novelas—, llega a Clorinda Matto de Turner y acaba con Mercedes Cabello de Carbonera, entre los más destacados. El *corpus* es, como se ve, rico, variado y, en algún sentido, sobre todo en el caso de México, susceptible de discusión. Resulta extraño pensar, aún tras la lectura de *La novela naturalista*, en “Micrós” o en Azuela como autores de filiación naturalista. Lo que es cierto es que el naturalismo es proteico y suele variar no sólo de región a región, de autor a autor, sino, como apunta Prendes, de novela a novela en la obra de un mismo autor.

El libro está dividido en nueve capítulos: “Concepto, origen y evolución del naturalismo europeo” (pp. 29-56); “La acogida de la novela naturalista en Hispanoamérica” (pp. 57-96); “La novela naturalista hispanoamericana en relación con el romanticismo y el modernismo” (pp. 97-134); “Direcciones ideológicas” (pp. 135-178); “El determinismo y la configuración del personaje naturalista” (pp. 179-221); “La narración” (pp. 223-256); “Aspectos estilísticos” (pp. 257-292); “Temas y motivos fundamentales del naturalismo hispanoamericano” (pp. 293-315) y “Pervivencia del naturalismo hispanoamericano” (pp. 317-339). Unas buenas conclusiones (cf. pp. 341-347) por breves y eficientes, rematan el libro. Es un estudio ambicioso que toca ángulos de valor para el análisis de los textos.

El desbroce de las trazas de romanticismo y modernismo en el naturalismo posibilita el establecimiento de distinciones en los textos; pero en este anhelo de delimitación hace falta una mirada puntual al realismo. Si bien Prendes intenta resolver el problema (mínimamente, porque lo despacha en apenas tres páginas), al proponer que la diferencia entre ambas expresiones está basada en tér-

minos de especificidad —el “realismo” es un concepto en sí mismo atemporal mientras que el “naturalismo” ha quedado “vinculado indisolublemente a las obras surgidas de un movimiento concreto, de una época definida” (p. 36)— y asumir una definición de realismo, que repite en varios lugares del libro, más bien simple y que lo libera de esta labor —el realismo es una manifestación artística inspirada en la realidad—, lo cierto es que el desbroce en este punto sigue siendo, después de la lectura de *La novela naturalista*, muy arduo y para nada claro. El peligro radica en que se haga imposible delimitar fronteras, pero absolutamente sencillo caracterizar un texto como naturalista y ejercer su exclusión de otras tradiciones, o, lo que es peor, negarlas. No faltará quien, ante esta posibilidad, opine que un texto que se ajuste al “canon” naturalista no pueda ser concebido, de algún modo, también realista o modernista, por ejemplo.

Para la necesaria periodización que requiere el estudio global de este libro, el autor se sirve de las nociones expresadas en *Apropiaciones de realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX* (Ver-vuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 1994). Convencido de que no basta tener en cuenta “los modos específicos de apropiación literaria” (es decir las maneras particulares que hacen al romanticismo o al realismo) sino “las determinaciones de la función de la literatura” (p. 98), se adhiere a las dos fases que aquel texto propone: la que va de 1800 a 1860 en la que se da “el surgimiento de una novela con fines en gran parte pragmáticos, extra-artísticos”, y otra, de 1860 a 1914, en la que hay una “institucionalización de un discurso literario propio con la correspondiente aparición de una novelística intencionalmente literaria” (p. 98). Este criterio, de base sociológica, permite a Prendes observar las confluencias “insólitas según los modelos europeos” que se dan en el panorama literario hispanoamericano y le es útil para hallar coincidencias y “reconstruir el modelo aproximativo (e ideal) de una determinada época literaria”, entendiéndose que a ello subyace un grado de arbitrariedad que deviene de la abstracción requerida para el intento de división, artificial, se entiende, de la historia literaria.

El libro, en este recorrido, da cuenta de la génesis de la novela hispanoamericana y alcanza a vislumbrar, en el último capítulo, el influjo del naturalismo en la narrativa del siglo xx. Es posible extraer una buena cantidad de características naturalistas determinadas, diversas a otras escuelas, y ejemplos de estos rastros en novelas específicas (con lo que se demuestra la flexibilidad de los principios del naturalismo en Hispanoamérica). Las novelas naturalistas acusaron, cada una en su medida, rasgos como determinismo, didactismo, materialismo, sentimentalismo, y también aquellos más cercanos al realismo como el desarrollo lineal de las acciones, descripciones prolijas y narradores de carácter omnisciente no siempre objetivos —o mejor,

asfixiantemente intrusivos. El verismo léxico y gramatical llevó al naturalismo a lograr que, a decir de Prendes, el americanismo y el coloquialismo adquirieran dignidad literaria. Más allá, el afán documental, la audacia en los temas, la tendencia simbolista, el pesimismo y la eficacia de la aspiración referencial conforman, entre muchas, las características de un singular naturalismo hispanoamericano que Prendes se demora en determinar. En *La novela naturalista*, el autor estudia fondo y forma con un *corpus* estimado y legitimado por él, en un principio, y más tarde por el análisis; se empeña en establecer nexos para enriquecer y fijar un término de suyo movedizo, justamente por ecléctico. Prendes estima que será posible descubrir, como defiende, un índice de unidad en la historia literaria de la región. Hay que admitir que su análisis es sólido, y que el lector atisba una cierta unidad, acaso no muy concreta en casos específicos, pero unidad al fin.

La novela naturalista de Prendes se suma a lo que parece ser un auge en el estudio de esta escuela literaria hasta ahora ignorada o mal atendida en las historias de literatura hispanoamericana (con las obvias excepciones que el autor apunta: Guillermo Ara y *La novela naturalista hispanoamericana*, o María Guadalupe García Barragán y *El naturalismo literario en México*, entre otros). A él se suma, por lo pronto, un texto reciente de Sabine Schlickers, *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana* (Ver-vuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 2003). El naturalismo, ya como un modo de hacer realismo, ya como uno de los últimos intentos subsidiarios de la literatura europea, forma parte de un proceso histórico que explica las formas narrativas que le suceden. Este estudio subsana, me parece, la tendencia prejuiciosa, muy común por parte de la crítica, frente a una escuela hasta hace poco más bien difuminada en las historias literarias hispanoamericanas que llevaba, a su pesar, una leyenda negra a cuestas.

Es de agradecer la buena factura del libro. Prendes se obliga a exponer los objetivos de su texto puntualmente y a ellos se ciñe; después, establece un *corpus* amplio con el que sostiene sus afirmaciones, pero no se demora en ejemplos excesivos; sus capítulos, nueve, que podrían parecer desmesurados, son justos en extensión y desarrollo, lo que da equilibrio a la estructura del texto; su bibliografía, en fin, es suficiente y hay esmero en la redacción.

YLIANA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
El Colegio de México